

— Sea — respondió Bounderby — ya le di mi opinión: yo no hubiera obrado como V. Pero muy bien, muy bien, ya que V. lo quiere.

De esta manera fué como el Sr. Gradgrind y su hija llevaron Cecilia Jupe á Pedro-Loge. Durante el camino Luisa no dijo una palabra, ni buena ni mala. El Sr. Bounderby, por su parte, se fué á sus ocupaciones ordinarias. En cuanto á la señora Sparsit, se recogió en la sombra de sus cejas formidables, quedándose toda la noche meditando en la profunda oscuridad de ese retiro.

CAPÍTULO VIII

NO HAY QUE SORPRENDERSE NUNCA

Demos nuevamente la nota tónica, antes de continuar nuestra canción.

Cuando tenía media docena de años menos, sorprendieron á Luisa un día hablando con su hermano en estos términos: « Tom, me sorprende que... » Oyendo este prelude de conversación, el Sr. Gradgrind se presentó y dijo: « ¡Luisa, no hay que sorprenderse nunca! »

Esta frase constituía el resorte del arte mecánico y misterioso de cultivar la razón, sin des-

cender á preocuparse de los sentimientos y afectos. Por medio de la suma, de la resta, de la multiplicación y de la división, arreglado todo de cualquier manera y no os sorprendais jamás.

— Traedme — dijo Mac Choakumchild — á esa niña que apenas sabe andar y os garantizo que no se sorprenderá más.

Además de una porción de niños que apenas sabían andar, resultaba que en Cokeville había una población de chicuelos que marchaban al infinito desde largo tiempo, veinte, treinta, cuarenta, cincuenta años y más: como esos niños monstruosos eran seres que no podían pasear sus cuerpos en medio de ninguna sociedad humana, sin ser causa de inquietud, las dieciocho sectas religiosas no cesaban de arañarse el rostro y de arrancarse mutuamente los cabellos, so pretexto de llegar á una inteligencia respecto al mejor método que había que seguir para corregirlos. ¡Vano empeño! ¿No sorprende pensar en la manera como los medios empleados se adaptaban felizmente al objeto que perseguían? Sin embargo, aunque discrepasen sobre los demás puntos concebibles ó inconcebibles (sobre todo en los inconcebibles) estaban casi de acuerdo respecto á la prohibición de que esos niños desgraciados se extrañasen jamás. La secta numero 1 decíales

que debían creerlo todo bajo palabra. La secta número 2 les expresaba que debían juzgarlo todo con arreglo á las fórmulas de la economía política. La secta número 3 les escribía folletos pesados como plomo, demostrando que los niños de juicio llegaban invariablemente á la caja de ahorros, al paso que los niños discolos llegaban invariablemente á la deportación. La secta número 4 hacía esfuerzos lúgubres para divertir (solo con hablar de ello sentireis lágrimas en los ojos), tratando de ocultar bajo una prosa jovial ciertas trampas científicas, según los cuales el deber del gran niño es dejarse hundir. Sin embargo, había una cosa sobre la cual estaban de acuerdo todas las sectas y era la de que no hay que sorprenderse nunca.

Cokeville poseía una biblioteca cuyo acceso era fácil á todos. Intrigaba mucho al espíritu del Sr. Gradgrind lo que se leía en ella; y con tal motivo iba una serie de informes, acompañados de cuadros demostrativos, á precipitarse en el tempestuoso océano de memorial que nadie ha profundizado relativamente, sin volverse loco. Era un hecho muy triste, un hecho muy desconsolador: ¡ los lectores de la biblioteca seguían asombrándose! Se asombraban respecto á la naturaleza humana, sobre las pasiones humanas, en lo relativo á las esperanzas

humanas, los temores, las luchas, los triunfos, las derrotas, las inquietudes, los placeres y los dolores de la vida y la muerte de ciertos hombres y de ciertas mujeres vulgares. A veces, tras quince horas de trabajo, se ponían á leer relatos fabulosos, concernientes á hombres y mujeres que se les parecían más ó menos, ó referentes á niños que se parecían más ó menos á los suyos. En vez de pedir Euclides, estrechaban sobre su corazón á Daniel de Foë y tenían el gusto de encontrar más ameno á Goldsmith que un tratado de aritmética. Por más que el Sr. Gradgrind estudiara constantemente este problema, ya por escrito, ya de otro modo, no podía explicarse como se llegaba á tal resultado inconcebible.

— Estoy cansado de la vida que llevo, Lu. La detesto cordialmente y aborrezco á todo el mundo, menos á tí, — dijo ese desnaturalizado joven Tomás Gradgrind, mientras el crepúsculo se reflejaba en aquel salón parecido al de una peluquería.

— ¿ Aborreces á Sissy, Tom ?

— Odio la obligación de tener que llamarla Jupe. Ella, por su parte, me detesta — dijo Tom, con acento grosero.

— De ninguna manera, Tom, te lo aseguro.

— No puedo ser — dijo Tom. — Es evidente

que debe odiar á todos los de esta casa. Creo que no le darán descanso hasta que reviente. Se ha vuelto ya pálida como una figura de cera y está tan aburrida como yo.

De este modo se expresaba el joven Tomás, sentado á horcajadas frente al fuego, con los brazos en el respaldo de la silla, y el rostro gruñón apoyado en ellos. Su hermana estaba sentada en el rincón más oscuro de la chimenea, mirando á su interlocutor ó las chispas brillantes que caían de la reja al hogar.

— En cuanto á mí — dijo Tom, despeinando sus cabellos en todos sentidos, con sus groseras manos — soy un asno : he ahí lo que soy. Tengo la obstinación de un asno, soy más bestia que un asno, y no me divierto apenas. Sólo siento una cosa, y es no poder dar mojicones como él.

— No á mí, ¿ verdad, Tom?

— No, Lu; no quisiera hacerte daño, á tí. He empezado por hacer una salvedad á favor tuyo. No sé lo que haría sin tí, en esta vieja cárcel, tan... alegre como la peste.

Tom había callado un instante, buscando palabras más lisonjeras y expresivas para definir el techo paternal, y la feliz comparación hallada pareció servir de ligero alivio á su ánimo irritado.

— ¿ De veras, Tom? ¿ Piensas realmente lo que acabas de decir?

— Si, pardiez. Pero ¿ á qué hablar de ello? — respondió Tom, frotándose el rostro con la manga de su vestido, como para mortificar su carne y ponerla en armonía con su espíritu.

— Te preguntaba eso, Tom — dijo su hermana, después de seguir mirando un rato las chispas — porque á medida que avanzo en edad y me hago mayor, permanezco más ante el fuego y deploro no encontrar medio de reconciliarte con la vida de aquí. No me han enseñado lo que se enseña á las otras niñas. No puedo cantarte ni tocarte una canción. No puedo hablarte de manera que te distraiga, pues no he tenido nunca ocasión de ver un espectáculo ameno ni de leer ninguno de esos libros divertidos, de que sería un placer y un descanso hablarte, cuando estás aburrido y fatigado.

— A fé mía, ni yo tampoco estoy más adelantado que tú en ese punto; soy una acémila indigna hasta de mercado, lo que no tú. Puesto que papá estaba decidido á hacer de mí un chigarabís ó una mula, claro que debo ser una mula... y no otra cosa — dijo Tom con rabia.

— Es una buena lástima — dijo Luisa, con aire soñador, después de una pausa, escondiéndose siempre en el rincón oscuro. — Es una

buena lástima, Tom. Es una desdicha para tí y para mí.

— ¡ Oh! En cuanto á tí — dijo Tom — eres una niña, y una niña se sale siempre mejor de apuros que un chico. No veo que te falte nada. Eres el único placer que conozco. Tu alegras este cuchitril en que nos hallamos, y haces de mí lo que quieres.

— Eres un hermano á quien quiero, Tom; y mientras pueda hacete la vida más agradable, no echaré de menos mi ignorancia. Sin embargo, Tom, si no me han enseñado el modo de distraerte, he aprendido una porción de cosas que sentiría no conocer.

Se levantó y lo besó, volviendo luego á su rincón.

— Quisiera poder reunir todos los hechos de que se nos habla tanto — dijo Tom, enseñando los dientes con aire rencoroso — y todas las cifras y todas las gentes que los han inventado, y quisiera poder colocar debajo de ello mil barriles de pólvora, para enviarlo todo al diablo de una vez. Lo mismo da : cuando vaya á vivir á casa del viejo Bounderby, tomaré mi revancha.

— ¿ Tu revancha, Tom?

— Quiero decir que me divertiré un poco, yendo á ver y oír algo. Me desquitaré de mi educación.

— No te hagas ilusiones, Tom; el señor Bounderby tiene las mismas ideas que papá, y es mucho más duro y no es tan bueno.

— ¡ Oh! — exclamó Tom, riendo. — ¿ Qué me importa á mí? Ya encontraré medio de conducir y halagar al viejo Bounderby.

Las sombras de sus cuerpos se dibujaban en la pared; pero las de los grandes armarios de la habitación se confundían en el techo, cual si el hermano y la hermana estuvieran cobijados por una caverna sombría; y una imaginación fantástica (¿ hubiera podido cometerse tal sacrilegio, en aquel santuario de los hechos?) podía acaso descubrir allí la sombra del objeto de su conversación y del porvenir amenazador que presagiaba.

— ¿Cuál es tu medio de amansar y conducir á las gentes, Tom? ¿ Es un secreto?

— ¡ Oh! — dijo Tom. — Sí, es un secreto; no está muy lejos. Eres tú. Eres la niña mimada del señor Bounderby, su favorita; haría todo lo del mundo por tí. Cuando me diga algo que no me acomode, le contestaré: « Mi hermana Lu se sorprenderá de ello y la apenará, señor Bounderby. Siempre me decía que V. sería más indulgente. » Si este medio no basta para hacerle bajar velas, nada podrá con él.

Después de aguardar inútilmente una obser-

vacación á sus palabras, Tom cayó con todo el peso de su fastidio actual y se enroscó, hostezando, en las barrotas de su silla, despeinando más y más sus cabellos. Después, levantó la cabeza y preguntó :

— ¿ Duermes, Lu ?

— No, Tom ; miro el fuego.

— Parece que ves en él cosas que yo jamás he visto — dijo Tom. — Supongo que ésta es una ventaja que las chicas tienen sobre nosotros.

— Tom — preguntó su hermana, con voz lenta y acento extraño, cual si tratara de leer en el fuego una pregunta que no estaba escrita en él de modo claro — ¿ Te causa alegría la idea de abandonar esta casa, para ir á la del señor Bounderby ?

— Yendo á la suya, — respondió Tom, levantándose y retirando la silla — abandonaré esta casa, y ello es algo.

— Entrar en su casa — dijo Luisa, con el mismo acento — significa dejar ésta. Algo es, en verdad.

— No es que yo esté muy enfadado, Lu, para que piense dejarte precisamente aquí. Pero verás ; conviene que me vaya, de buen ó de mal grado, y vale más que me dirija adonde tu influencia me sea provechosa, y no

á otra parte en que no tuviese beneficio alguno.

¿ Comprendes ?

— Sí, Tom.

La respuesta se había hecho esperar tanto rato que, aunque no denunciaba irresolución, Tom se acercó y apoyóse detrás de la silla de Luisa, para contemplar, del mismo punto de vista, el fuego que absorbía tanto el pensamiento de su hermana, para ver si en él había algo que explicara la distracción de Luisa.

— A fea mía, si no fuera precisamente fuego — dijo Tom — me parece tan estúpido y tan vacío como todo lo que nos rodea. ¿ Qué ves tú en él ? No será un círculo ¿ eh ?

— Nada veo en él de particular, Tom. Pero, desde que lo estoy contemplando, me pregunto con sorpresa que será de tí y de mí, cuando seamos grandes.

— ¡ Pues aun te sorprendes, tú ! — dijo Tom.

— Tengo pensamientos tan revoltosos — contestó Luisa — que, por más que haga, siempre me hacen asombrar.

— Pues bien : te ruego, Luisa — dijo la señora Gradgrind, que acababa de abrir la puerta, sin que la oyeran — que no hagas nada. En nombre del cielo, desconsiderada hija, no hagas nada de ello, ó esto no va á concluir nunca con tu padre. En cuanto á ti, Tomás, es

realmente vergonzoso ver, cuando mi cabeza no me deja un instante de reposo, como un muchacho educado como tú y cuya educación cuesta tanto dinero, anima á su hermana á que se asombre, sabiendo que tu padre se lo ha prohibido terminantemente.

Luisa negó que Tom hubiese tomado parte alguna en ello; pero su madre la interrumpió del siguiente modo:

— Luisa, ¡ cómo puedes decírmelo en mi actual estado de salud! Pues, de no haberte inducido á ello, es imposible, física y moralmente, que te hayas permitido hacerlo!

— Nada me ha inducido á ello, mamá, si no es el fuego con sus chispas rojas, que veía caer de la reja, blanquear y apagarse. Entonces he pensado cuán corta, después de todo, sería mi vida y que moriré antes de hacer gran cosa.

— ¡ Fruslerías! — dijo la señora Gradgrind, volviéndose casi enérgica. — ¡ Fruslerías! No te empeñes en soltarme tonterías como esas, Luisa, pues sabes bien que, si esto llega á oídos de tu padre, no concluiremos nunca. ¡ Después de tantas penas como nos has costado! ¡ Desde que yo misma, cuando mi costado derecho se embotó del todo, te oí contestar al profesor una multitud de cosas sobre la combustión, la calcinación y la calorificación, hasta me atreveré

á decir sobre todas las clases de *acción* capaces de volver loca á una pobre enferma! Y, después de eso, ¡ vienes ahora á hablarme así de chispas y ceniza! Quisiera — dijo la Sra Gradgrind, lloriqueando, tomando una silla y lanzando su argumento de más peso — antes que sucumbir bajo esas sombras engañosas de hechos, sí, quisiera no haber tenido hijos. ¡ Entonces hubiérais podido pasar sin mí!

CAPÍTULO IX

LOS PROGRESOS DE SISSY

Gracias al señor Mac Choakumchild y á la Sra Gradgrind, Sissy pasó algunos malos ratos y, durante los primeros meses de su ensayo, no dejó de sentir vivos deseos de alejarse de allí. Durante el día caía sobre ella tal granizada de hechos y se le presentaba la vida como cuaderno tan lleno de correcciones, que se hubiera escapado irremisiblemente, de no haberla contenido una idea.

Triste es confesarlo; pero el freno moral que la contuvo no fué resultado de ninguna fórmula aritmética. Al contrario, Sissy se lo imponía voluntariamente, á despecho de todo cál-